

GÓTICO

SILVIA MORENO-GARCIA

minotauro

Las fiestas en la casa de los Tuñón siempre terminaban tarde, y dado que los huéspedes disfrutaban las fiestas de disfraces en particular, no era extraño ver chinas poblanas, con las faldas tradicionales y listones en el cabello, llegar en compañía de un arlequín o de un vaquero. Los choferes, en vez de esperar fuera de la casa de los Tuñón inútilmente, habían sistematizado las noches. Se marchaban a comer tacos en un puesto callejero o incluso visitaban a alguna de las criadas que trabajaban en las casas de alrededor, un cortejo tan delicado como los melodramas victorianos. Algunos de los choferes se juntaban para intercambiar cigarrillos e historias. Unos pocos se echaban una siesta. Al fin y al cabo, todos sabían de sobra que nadie se marchaba hasta pasada la una de la madrugada.

Por lo tanto, la pareja que salió de la celebración a las diez de la noche interrumpió la costumbre. Y lo que era peor, el conductor se había marchado para cenar algo y no estaba por ninguna parte. El joven parecía incómodo, e intentó dilucidar qué hacer a continuación. Vestía una cabeza de caballo de papel maché, una

decisión que ahora le pesaba, ya que para regresar tenían que cruzar toda la ciudad con aquel voluminoso atrezo a cuestras. Noemí le había advertido que quería ganar el concurso de disfraces, estar por delante de Laura Quezada y de su prometido, y por lo mismo él se había esforzado tanto en vano ya que su compañera no se había vestido como dijo que lo haría.

Noemí Taboada le prometió que pediría prestado un traje de jinete, con fusta incluida. En teoría iba a ser una idea inteligente y escandalosa, porque había escuchado que Laura vendría vestida de Eva, con una serpiente alrededor del cuello. Sin embargo, Noemí acabó por cambiar de parecer. El disfraz de jinete era horrendo y le causaba comezón, así que en su lugar optó por un vestido largo y verde con un bordado de flores. No se tomó la molestia de avisar a su pareja del cambio.

—¿Y ahora qué?

—A tres manzanas de aquí hay una gran avenida. Allí encontraremos un taxi —le dijo a Hugo—. Oye, Hugo, ¿tienes un cigarrillo?

—¿Un cigarrillo? Ni siquiera sé dónde dejé la cartera —dijo Hugo, mientras tanteaba la chaqueta con la mano—. Además, ¿no traes siempre cigarrillos en el bolso? Si no te conociera, pensaría que eres una tacaña y que no tienes ni para comprarlos.

—Es mucho más divertido cuando un caballero le ofrece a una dama un cigarrillo.

—Ni siquiera puedo ofrecerte un caramelo de menta esta noche. ¿Habré dejado la cartera en la casa?

Ella no contestó. A Hugo le costaba cargar con la cabeza de caballo bajo el brazo. Casi la tiró al llegar a la avenida. Noemí levantó un brazo esbelto y llamó a un taxi. Una vez estuvieron dentro del vehículo, Hugo colocó la cabeza de caballo en el asiento.

—Por otro lado, podrías haberme avisado de lo innecesario de traer esto —murmuró.

Se fijó en la sonrisilla del conductor y asumió que este se lo estaba pasando en grande a su costa.

—Eres adorable cuando te enojas —dijo ella, mientras abría el bolso y sacaba los cigarrillos.

Hugo tenía el aire de un joven Pedro Infante, lo cual era su mayor atractivo. Noemí no había pensado mucho en el resto: personalidad, estatus social e inteligencia. Cuando deseaba algo, lo quería y ya, y aquellos días había deseado a Hugo, aunque ahora que gozaba de su atención era probable que lo dejara de lado.

Cuando llegaron a su casa, Hugo se acercó a ella agarrándole la mano.

—Dame un beso de buenas noches.

—Tengo prisa, pero puedes quedarte con un poco de mi lápiz labial —dijo ella, y le puso el cigarrillo en la boca.

Hugo se reclinó en la ventana del taxi y arrugó el entrecejo mientras Noemí se apresuraba a entrar a casa. Cruzó el patio interior y se dirigió al despacho de su padre. Al igual que el resto de la casa, la oficina estaba decorada con un estilo moderno, que parecía reflejar el nuevo poder adquisitivo de los propietarios. El padre de Noemí nunca había sido pobre, pero había convertido un modesto negocio de colorantes químicos en una fortuna. Sabía lo que le gustaba y lo mostraba sin pudor: colores atrevidos y líneas claras. Sus sillas tenían un acabado rojo vibrante, y en cada sala había exuberantes plantas que añadían un toque de verdor.

La puerta del despacho estaba abierta, así que Noemí no se molestó en llamar. Entró con soltura, con los tacones repicando en el suelo de madera maciza. Con la punta de los dedos acarició una de las orquídeas en su cabello y se acomodó en una silla frente a la mesa de su padre. Soltó un sonoro suspiro, al tiempo que dejaba el bolso en el suelo. Ella también sabía lo que le gustaba, y no era precisamente que la llamaran para que volviese a casa tan pronto.

Su padre le había hecho una seña para que entrase; esos tacones eran tan escandalosos que sin duda habían anunciado su llegada de forma mucho más evidente que cualquier saludo en voz alta. Sin embargo, su padre no se había dignado a echarle ni una mirada, ocupado como estaba en examinar cierto documento.

—No puedo creer que me hayas llamado por teléfono a casa de los Tuñón —dijo mientras se quitaba uno de los guantes blancos a tironcitos—. Ya sé que no ves con buenos ojos que Hugo...

—No se trata de Hugo —la interrumpió su padre.

Noemí frunció el ceño. Sujetó uno de los guantes en la mano derecha.

—Ah, ¿no?

Le había pedido permiso para asistir a la fiesta, pero no había llegado a especificar que iría acompañada de Hugo Duarte. Sabía bien lo que su padre pensaba del chico. Le preocupaba que Hugo se atreviese a pedir su mano, y aún más que ella aceptase la proposición. Noemí no tenía la menor intención de casarse con Hugo, y así se lo había dicho a sus padres, pero ellos no se lo habían creído. Como buena chica de la alta sociedad, Noemí siempre iba de compras al Palacio de Hierro, se ponía lápiz labial de Elizabeth Arden, tenía un par de buenos abrigos de piel y hablaba inglés con notable fluidez, cortesía de las monjas del Anglo; un colegio privado, por supuesto. Asimismo, se esperaba de ella que dedicase todo su tiempo a las actividades gemelas del ocio y la búsqueda de marido. Por ello, su padre entendía que cualquier tipo de actividad mínimamente agradable debía tener como meta la adquisición de un esposo. En otras palabras, Noemí jamás podría disfrutar del ocio por el ocio, sino para acabar desposada. Esto último ni siquiera le habría molestado tanto, si su padre hubiese visto con buenos ojos a Hugo. Por desgracia, Hugo no era más que un arquitecto recién graduado, y su padre esperaba que Noemí tuviese miras más altas.

—No, no es por Hugo, aunque de eso tendremos que hablar más tarde —dijo, lo cual confundió aún más a Noemí.

En la fiesta, un camarero la había interrumpido con unas palmaditas en el hombro mientras bailaba. Le había dicho que tenía una llamada del señor Taboada a la que podía responder desde el despacho. Aquello había arruinado toda la velada. Noemí había asumido que su padre se había enterado de que estaba allí con Hugo, y que la llamada tenía como objetivo arrancarlo de sus brazos y servir de advertencia. Sin embargo,

ahora descubriría que no se trataba de eso. Así pues, ¿a qué venía tanta molestia?

—No se trata de nada malo, ¿verdad? —preguntó en otro tono.

Cuando se enfadaba, su voz adquiría un timbre agudísimo, muy de niña, en lugar del tono modulado que había llegado a perfeccionar en los últimos años.

—No lo sé. No puedes contarle a nadie lo que voy a decirte ahora. Ni a tu madre, ni a tu hermano, ni a ninguno de tus amigos. ¿Me entiendes? —le advirtió su padre.

Le clavó la mirada hasta que Noemí acabó por asentir.

Su padre se echó hacia atrás en la silla y unió las manos frente al rostro. Asintió en un gesto reflejo del de Noemí.

—Hace unas semanas recibí una carta de tu prima Catalina. En la carta, Catalina hacía unas afirmaciones de lo más escandalosas sobre su marido. Le escribí a Virgil para intentar llegar a la raíz del asunto.

»Virgil me contestó y me dijo que Catalina se había estado comportando de un modo muy extraño y ciertamente inquietante, si bien pensaba que había empezado a mejorar. Intercambiamos algunas cartas más, en las que le insistí que, si Catalina se encontraba en ese estado que él mencionaba, quizá lo más conveniente sería traerla a la Ciudad de México para que pudiese verla un profesional. Virgil contestó que no sería necesario.

Noemí se quitó el otro guante y lo dejó en su regazo.

—Nos encontrábamos en un punto muerto. No pensaba que Virgil llegase a ceder, pero anoche recibí un telegrama. Aquí está, léelo si quieres.

Su padre agarró la hoja de papel que descansaba en el escritorio y se la tendió. Iba dirigida a ella y la invitaban a ir a visitar a Catalina. El tren no pasaba a diario por su pueblo, pero los lunes hacía parada. Podían enviar a un chofer a la estación a alguna hora concreta para recibirla.

—Me gustaría que fueras, Noemí. Virgil dice que Catalina ha preguntado por ti. Creo que es mejor si estos asuntos los trata una mujer. Puede que resulten ser poco más que exageraciones y

problemas matrimoniales. No se puede negar que tu prima tiene cierta tendencia al melodrama. Quizá no sea más que una llamada de atención.

—Pero, de ser así, ¿qué nos han de importar a nosotros los problemas matrimoniales y los melodramas de Catalina? —preguntó ella, aunque en realidad no le parecía muy justo que su padre etiquetase a Catalina como melodramática.

La pobre había perdido a sus padres cuando era joven. Después de algo así, cualquiera podría esperar un poco de drama.

—Catalina envió una carta de lo más extraña. Afirmaba que su marido la estaba envenenando, e incluso decía tener visiones. Yo no soy ningún experto en medicina, pero desde luego consiguió que preguntara por algún psicólogo de confianza por aquí.

—¿Tienes la carta?

—Sí, aquí está.

A Noemí le costó bastante entender la letra, y más aún darle un sentido a lo que decían aquellas frases. La escritura de Catalina parecía haberse vuelto inestable, descuidada.

... está intentando envenenarme. La casa está infestada hasta los cimientos, llena de manchas de podredumbre, rebosante de todo tipo de sentimientos crueles y malvados. He intentado mantener la calma, de mantener la corrupción a raya, pero cada vez me cuesta más mantener la concentración y el sentido del paso del tiempo. Por favor. Por favor. Son crueles, agresivos, y no piensan dejarme marchar. Cada noche cierro mi puerta con llave, pero aun así vienen por mí, me susurran. Me embarga el pavor hacia estos muertos impenitentes, estos fantasmas, estas criaturas descarnadas. La serpiente que devora su propia cola, el putrescente suelo bajo nuestros pies, los rostros falsos con falsas lenguas, la red sobre la que camina la araña haciendo vibrar los hilos. Soy Catalina, Catalina Taboada. CATALINA. Cata, Cata, ven a jugar. Echo de menos a Noemí. Rezo por que llegue el día en que vuelva a verte. Tienes que venir, Noemí. Tienes que salvarme. Ya me gustaría ser

capaz de salvarme sola, estoy atada a este lugar, hilos fuertes como el hierro atraviesan mi mente y mi piel. Está ahí. En las paredes. No afloja su presa sobre mí. Por eso te pido que vengas a liberarme, que cortes estas ataduras, que los detengas ya. Por el amor de Dios...

Date prisa.

Catalina

En los márgenes de la carta, su prima había garabateado más palabras, números y círculos. Aquello era del todo desconcertante.

¿Cuándo había sido la última vez que Noemí habló con Catalina? Debía de haber sido hacía meses, quizá incluso un año. Ella y su marido se habían ido de luna de miel a Pachuca. Catalina la había llamado por teléfono desde allí y le había enviado un par de tarjetas postales. Después de aquello habían tenido poca comunicación, aparte de los habituales telegramas de felicitación de cumpleaños a los miembros de la familia cuando lo mandaba la ocasión. Noemí creía que también había enviado una carta por Navidad, porque desde luego habían recibido regalos. ¿O quizá había sido Virgil quien había escrito la carta por Navidad? En cualquier caso, había sido una misiva de lo más anodina.

Todos habían supuesto que Catalina estaba disfrutando de aquella nueva época de recién casada y no había tenido muchas ganas de escribir. Noemí también creía recordar algo de que su nueva casa no tenía teléfono, cosa que no era del todo desacostumbrada en la campiña y, de todos modos, Catalina no era de las que escribían muchas cartas. Noemí, ocupada con sus propios compromisos sociales y con los estudios, se limitó a suponer que Catalina y su marido acabarían por venir tarde o temprano a la Ciudad de México para visitarlos.

La carta que ahora sostenía en las manos era por lo tanto una rareza en todos los sentidos. Estaba escrita a mano, a pesar de que Catalina siempre había preferido la máquina de escribir. Además, era errática, cuando Catalina solía ser muy precisa al comunicarse por escrito.

—Todo esto es muy extraño —admitió Noemí.

En un primer momento se había inclinado por pensar que su padre exageraba, o bien que pretendía usar aquel incidente como excusa para apartarla un poco de Duarte. Sin embargo, no parecía ser el caso.

—Extraño como mínimo, sí. Supongo que entiendes que, tras recibir la carta, le escribí a Virgil para pedirle una explicación. Su respuesta no pudo ser más pasmosa: me acusaba de ser un entrometido.

—¿Qué fue lo que le escribiste? —preguntó ella, pues temía que su padre se hubiese expresado en su carta con términos poco civilizados.

Su padre era un hombre muy sobrio, y a veces mostraba una cierta brusquedad sin mala intención que podía desconcertar a la gente.

—Debes entender que no me hace ninguna gracia tener que ingresar a una sobrina mía en un lugar como La Castañeda...

—¿Eso dijiste? ¿Que la ibas a meter al manicomio?

—Lo mencioné como una mera posibilidad —replicó el padre. Tendió la mano y Noemí le devolvió la carta—. No es el único lugar al que podría ir, pero allí tengo algunos conocidos. Puede que Catalina necesite cuidados profesionales, cuidados que, desde luego, no va a encontrar en una casa de campo. Me temo que somos los únicos que pueden asegurarse de que todo se lleve a cabo por su propio bien.

—No confías en Virgil.

Su padre dejó escapar una risita seca.

—Tu prima se casó muy pronto, Noemí. Hay quien diría que sin pensarlo mucho. A ver, yo seré el primero en admitir que Virgil Doyle parece un hombre encantador, pero, por otro lado, quién sabe si realmente se puede confiar en él.

No le faltaba razón. La rapidez del compromiso de Catalina había rayado en lo escandaloso. Apenas habían tenido oportunidad de hablar del novio. Noemí ni siquiera estaba segura de cómo se habían conocido, cuando de repente, Catalina empezó a mandar invitaciones de boda a las pocas semanas. Hasta aquel

momento, Noemí ni siquiera se había enterado de que su prima tuviese novio. Si no la hubiesen invitado en calidad de testigo ante el juez civil que los casó, Noemí ni siquiera estaba segura de que se hubiese llegado a enterar de la boda de Catalina.

Tanto secretismo y tantas prisas no le sentaron nada bien al padre de Noemí. Había organizado un desayuno de boda para la pareja, pero Noemí sabía que el comportamiento de Catalina lo había ofendido, lo cual suponía otra razón por la que Noemí no se había molestado en preocuparse por la escasa comunicación que Catalina empezó a tener con la familia. Su relación, al menos en aquel momento, se había vuelto fría. Noemí supuso que las cosas volverían a su cauce con el paso de los meses, y que cuando llegase noviembre Catalina vendría a la Ciudad de México con todas las compras de Navidad planeadas. Entonces todo el mundo quedaría satisfecho. Tiempo, pues; no era más que cuestión de tiempo.

—Entonces tú crees que Catalina dice la verdad. La está maltratando —concluyó Noemí.

Intentó recordar qué le había parecido el novio. Guapo y educado eran las dos primeras palabras que se le ocurrían, aunque, a decir verdad, apenas habían intercambiado unas cuantas frases.

—En su carta, Catalina asegura no solo que la está envenenando, sino que hay fantasmas que atraviesan las paredes. Dime, hija, ¿te parece acaso un relato fiable?

Su padre se puso en pie y se acercó a la ventana. Miró al exterior, con los brazos cruzados. Desde el despacho se veían las preciosas buganvillas de su madre, una explosión de color que en aquel momento estaba rodeada de oscuridad.

—Lo único que sé es que Catalina no está bien. También sé que, si Catalina se divorciase, Virgil se quedaría sin un centavo. Cuando se casaron, a todo el mundo le quedó claro que las arcas de su familia estaban agotadas. Sin embargo, mientras estén casados, Virgil tiene acceso a la cuenta bancaria de Cata. Le conviene mantenerla en casa, aunque lo mejor para ella sea estar en la ciudad, o al menos con nosotros.

—¿Te parece que Virgil pueda ser un interesado? ¿Que sea capaz de preocuparse más por sus finanzas que por el bienestar de su esposa?

—No lo conozco lo suficiente, Noemí. Ninguno de nosotros lo conoce. He ahí el problema. Es un extraño. Dice que la está cuidando y que Catalina ha mejorado, pero, que nosotros sepamos, podría tenerla atada a la cama y estar dándole atole para comer.

—¿Y dices que Catalina es la melodramática? —preguntó Noemí.

Examinó el ramillete de orquídeas y dejó escapar un suspiro.

—Sé lo que puede suponer tener un pariente enfermo. Mi propia madre tuvo un ataque y tuvo que permanecer en cama durante años. También sé que a veces las familias no saben sobrellevar estos asuntos de la mejor manera.

—¿Y qué quieres que haga, pues? —preguntó, mientras apoyaba las manos en el regazo con gesto delicado.

—Quiero que vayas a evaluar la situación de cerca. Que decidas si hay que llevar a Catalina a la ciudad y, de ser ese el caso, que convenzas a Virgil de que es lo mejor para ella.

—¿Y cómo voy yo a conseguir tal cosa?

Su padre esbozó una media sonrisilla. Justo en esa mueca, así como en aquellos ojos astutos y oscuros, residía el parecido entre padre e hija.

—Eres muy caprichosa, hija. Siempre estás cambiando de opinión sobre una cosa y la otra. Primero querías estudiar historia, luego teatro y, ahora, antropología. Has probado todos los deportes imaginables y no te has decidido por ninguno. Sales con un chico dos veces y no vuelves a llamarlo tras la tercera cita.

—Eso no tiene nada que ver con mi pregunta.

—Déjame acabar. Eres caprichosa, pero también eres terca cuando se trata de todas las cosas incorrectas. Ha llegado el momento de emplear esa terquedad y esa energía en una tarea que sea útil. Aparte de las lecciones de piano, no te has comprometido con nada en tu vida.

—También me he comprometido con las lecciones de inglés

—replicó Noemí, pero no se molestó en negar el resto de las acusaciones de su padre, porque era bien cierto que mariposeaba entre admiradores de forma regular y que era muy capaz de llevar cuatro atuendos distintos el mismo día.

«Pero bueno, no es que una tenga que tener una opinión férrea sobre todo con apenas veintidós años», pensó. Decirle eso a su padre no serviría de nada. Su padre se había puesto al frente del negocio familiar a los diecinueve años. Según la vara de medir de su padre, Noemí se encontraba en una lenta travesía sin destino alguno.

Su padre le lanzó una mirada afilada. Ella suspiró.

—De acuerdo. Estaré encantada de ir a visitarla dentro de unas cuantas semanas...

—El lunes, Noemí. Por eso he interrumpido tu fiesta. Tenemos que empezar a preparar el viaje para que puedas ir en el primer tren que salga para El Triunfo el lunes por la mañana.

—Pero... es que tengo recital —replicó ella.

Era una excusa de lo más débil. Ambos lo sabían. Noemí tomaba clases de piano desde los siete años de edad, y solía dar un pequeño recital dos veces al año. Tocar un instrumento ya no era uno de esos requisitos indispensables entre la alta sociedad, como sí había sido en la época de la madre de Noemí. Pero era una de esas agradables aficiones que tanto se apreciaban en su círculo de amistades. Además, le gustaba el piano.

—El recital. No será más bien que habías planeado ir con Hugo Duarte y que no quieres que vaya con otra mujer. No será más bien que no quieres dejar pasar la oportunidad de llevar un vestido nuevo. Lo siento mucho, pero esto es más importante.

—Para que lo sepas, ni siquiera he comprado un vestido nuevo. Iba a usar la falda que me puse en la fiesta de Greta —dijo Noemí. En realidad, era una verdad a medias, porque sí había planeado ir al recital con Hugo—. Mira, lo cierto es que el recital no es lo que más me preocupa. Dentro de unos días empiezan mis clases. No puedo irme así como así. Me van a suspender —añadió.

—Pues que te suspendan. Ya retomarás las clases más adelante.

Estaba a punto de protestar ante aquella frase tan despreocupada cuando, de pronto, su padre se giró y la miró a los ojos.

—Hace tiempo que no dejas de hablar de ir a la Universidad Nacional. Si haces esto por mí, te daré mi permiso para inscribirte.

Los padres de Noemí le habían permitido inscribirse en la Universidad Femenina de México, pero cuando ella les había dicho que pretendía seguir estudiando una vez obtenido su diploma, se habían negado rotundamente. Noemí quería cursar una maestría en antropología, lo cual requería inscribirse en la Nacional. Su padre consideraba que aquello eran tanto una pérdida de tiempo como una idea del todo inapropiada, sobre todo con tanto jovencito por los pasillos de la universidad dispuesto a llenarle la cabeza a cualquier chica con ideas estúpidas y libidinosas.

La madre de Noemí también se había mostrado impertérrita ante las ideas modernas de su hija. Se suponía que las chicas debían seguir un ciclo vital más sencillo, que fuera de jovencita a esposa. Prolongar sus estudios solo supondría retrasar dicho ciclo, seguir siendo una crisálida dentro de un capullo. Aquella diferencia de opiniones las había hecho chocar en media docena de ocasiones. En una astuta maniobra, su madre había acabado por decir que Noemí no iría a la universidad a menos que lo permitiese su padre, mientras que este no había hecho el menor atisbo de consentir en tal cosa.

Por lo tanto, aquella frase de su padre la sorprendió al tiempo que le ofrecía una oportunidad de lo más inesperada.

—¿Hablas en serio? —preguntó Noemí con cautela.

—Por supuesto. Se trata de un asunto serio. No quiero que los periódicos empiecen a hablar de divorcios en nuestra familia, pero tampoco quiero que nadie se aproveche de nosotros. Además, estamos hablando de Catalina —dijo su padre en tono más suave—. Ya ha pasado por suficientes desgracias. Quizá le venga bien tener cerca a una amiga. Quizá sea eso lo único que necesita.

La calamidad ya se había abatido sobre Catalina en varias ocasiones. En primer lugar, la muerte de su padre, seguida por la

boda de su madre con un padrastro que solía hacerla llorar a menudo. Un par de años después, la madre de Catalina también falleció, y la chica se mudó a la casa de la familia de Noemí. Para entonces el padrastro ya se había esfumado. A pesar del cálido recibimiento de los Taboada, tantas muertes habían tenido un efecto devastador en ella. Más adelante, cuando ya era toda una muchachita, Catalina había pasado por una ruptura de compromiso que había supuesto muchas trifulcas y mucho dolor.

Asimismo, también había habido un joven algo simplón que había intentado hacerle la corte a Catalina durante varios meses. Ella parecía tenerle mucho cariño, pero el padre de Noemí había acabado por ahuyentar al chico, pues no le impresionaba el joven. Tras aquel romance interrumpido, Catalina debía de haber aprendido la lección, pues su relación con Virgil Doyle fue el paradigma absoluto de la discreción. O quizá había sido Virgil quien se había comportado de forma más taimada y le había pedido a Catalina que cerrase el pico sobre su relación hasta que fue demasiado tarde como para impedir la boda.

—Supongo que podría avisar que me voy a ir unos días —dijo Noemí.

—Bien. Le mandaremos un telegrama a Virgil para que sepa que estás de camino. Lo que necesito de ti es discreción e inteligencia. Virgil es su marido y tiene todo el derecho a tomar decisiones en nombre de Catalina, pero no podemos ser indiferentes si él es considerado.

—Te voy a pedir que pongas por escrito eso de la universidad. Su padre volvió a tomar asiento tras el escritorio.

—Soy incapaz de romper mi palabra. Vamos, quítate esas flores del pelo y ponte a hacer las maletas. Ya sé que tardarás una eternidad en decidir qué empacar. Por cierto, ¿de qué estás disfrazada? —preguntó su padre, sin ocultar lo poco que le gustaba aquel vestido, que le dejaba los hombros al aire.

—Voy de Primavera —replicó ella.

—Hace frío al lugar al que vas. Si pretendes ir ahí con semejante ropa, más vale que lleves un suéter —dijo en tono seco.

Normalmente, Noemí le habría contestado con alguna frase

incisiva. Ahora, sin embargo, guardó un desacostumbrado silencio. Se le acababa de ocurrir, ahora que había accedido a aquella empresa, que sabía muy poco del sitio al que iba a ir y de la gente con la que se iba a encontrar. Aquello no era ni un crucero ni un viaje de placer. Sin embargo, se tranquilizó a sí misma diciéndose que su padre la había elegido a ella, y no a otra persona, para aquella misión, y que habría de llevarla a cabo. ¿Caprichosa? Bah. Le demostraría a su padre el nivel de dedicación que esperaba de ella. Quizá, una vez tuviese éxito, pues ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de fracasar, su padre empezaría a verla como una mujer más madura y digna de otros menesteres.